

Tales son los términos originales de esta declaración, sobre la cual no ha podido moverse cuestión sino alterándolos, y que por otra parte se halla exactamente conforme, á lo menos en cuanto al sentido, á la de los doctores de Paris.

La desaprobación del Papa bastó entonces para disipar todas las nubes en el espíritu dócil y religioso de los franceses. Mas no sucedió así en Alemania, y sobre todo en la corte del emperador Luis de Baviera, llena de cismáticos y de hombres rebeldes á la Iglesia. Apelaron allí al futuro concilio de todo lo que Juan XXII había dicho y hecho en la cuestión del estado de los Santos despues de la muerte, y formaron de nuevo el proyecto de deponer á este Pontífice en un conciliábulo que debía juntar el emperador. Tenian sorprendidos ya á algunos prelados de los mas poderosos, y habian separado del Papa al cardenal Napoleón de Ursino, que prometió atraer otros muchos. Juan XXII que, á la edad de cerca de noventa años, no habia perdido cosa alguna de la firmeza ni de la energía de su vigor, se dedicaba con igual actividad á procurar la elección de un nuevo emperador.

Pero el cielo no permitió que la Iglesia y el imperio experimentasen por segunda vez, bajo de un mismo Pontífice, una borrasca tan peligrosa. La noche del uno al dos de diciembre de este año de 1334, el Papa se sintió enfermo, y en el día 4 del propio mes murió á las nueve de la mañana, despues de haber oído misa y recibido la Comunión. Habia ocupado la Santa Sede mas de diez y ocho años. Durante su cierta enfermedad, tuvo sin embargo tiempo para revocar todas las reservas de beneficios de que él se reprendía, y para hacer su testamento y confirmar la retractación de todo lo que hubiera dicho ó escrito contrario á la doctrina comun acerca del

estado de los bienaventurados al salir de esta vida. Este Papa fué el que introdujo en la Iglesia romana la fiesta de la Trinidad, establecida cuatro siglos antes en algunas catedrales y monasterios. Se le atribuye el establecimiento de los auditores de la Rota para juzgar de las apelaciones de toda la cristiandad. Las obras que ha dejado acerca de la medicina y particularmente su *The-saurus Pauperum* prueban cuán varios y estensos eran los conocimientos de este gran Pontífice.

Se ha censurado á Juan XXII por el tesoro inmenso que despues de su muerte fué hallado en el palacio de Aviñon, y que ascendia, segun Villani (1), á setenta y cinco millones de florines de oro. Pero el mismo autor conviene en que este Papa, lejos de tener una vida deliciosa y de fausto, vivia muy frugalmente, y pasaba sin dormir casi toda la noche, en la oración ó en el estudio, que formaba al parecer su pasión dominante. A este desapego personal debe añadirse la delicadeza que tuvo, al tiempo de morir, de no tocar cosa alguna de estas riquezas á sus parientes, ni aun á los mas cercanos, contentándose con recomendarlos á la caridad de los cardenales y á la beneficencia del rey Felipe. Todo su objeto en la acumulacion de estas sumas prodigiosas, era la recuperacion de la Tierra Santa, cuya vana esperanza nunca cesó de fomentar este hombre, tan superior por otra parte en sus miras á casi todos sus contemporáneos.

Con mas visos de fundamento podria reprenderse en este Pontífice, hombre muy virtuoso, y que en medio de tantos negocios graves como despachaba infatigablemente, tuvo bastante devoción para celebrar la misa casi todos los dias, y dedicar una gran

(1) Lib. 9, cap. 20.

parte de tiempo á la oración: podria, repito, reprendérsele con mas aparente justicia el no haber transferido la Silla apostólica al otro lado de los montes: la necesidad de lo cual pudiera haberla conocido por tantas lecciones terribles que con efecto parece se la hicieron sentir muchas veces. Pero despues de las tentativas ineficaces que hizo

muchas veces Juan XXII para salir de territorio y dependencia de los principes franceses, veremos todavia una larga serie de sus sucesores, retenidos lejos de Roma, á pesar de los mismos esfuerzos, por la habilidad de las potencias que tenían interés en mantenerlos fuera de Italia.

LIBRO CUADRAGESIMO-CUARTO.

Desde la muerte de Juan XXII en el año 1334, hasta la estincion del cisma de Alemania en el de 1349.

Entre dos Papas, dignos uno y otro de gobernar la Iglesia, es difícil hallar mas diferencia que la que se encuentra entre Juan XXII y su sucesor Benedicto XII. El primero, aunque varon de suma integridad, agradábase de tener á su lado un gran número de prelados ilustres, que concurrían á la corte y se detenían en ella movidos de la liberalidad del Papa y de su inclinación á hacer beneficios (1). Como desde muy joven habia desempeñado un empleo brillante en la corte de Sicilia, distinguíase con unos modales atentos, con un trato afable, con un talento despejado para los negocios, y con grande habilidad en la política. A su vez, Benedicto, criado en el instituto austero del Cister, mostraba menos despejo y amenidad, aparecía siempre como modelo, no so-

lo de las virtudes de precepto, sino tambien del fervor y de la perfección: le complacía mucho mas el que los prelados estuviesen en su diócesis que en su palacio, y no atendía á las pretensiones sino en cuanto se apoyaban en el mérito. No conocía la política y el manejo de los gabinetes; pero era profundo en las ciencias, y estaba principalmente versado en la de los cánones, procurando el que estos se observasen con la mayor puntualidad, desentendiéndose de todo respeto humano.

Nunca habia soñado en ser Papa, cuando á los diez y seis dias de haber muerto su predecesor, esto es, á 20 de diciembre de 1334, le elevaron á él los votos tan unánimes como no esperados de los cardenales (1). Habíanse reunido estos

(1) Albert. Argent. Chron. ann. 1334. B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—TOMO IV.

(1) Vill. lib. 2, cap. 21; Bajaz. cit. tom. 1 pag. 220, etc.

en cónclave el día 13, ó por mejor decir, habían sido encerrados en él por el conde de Noailles, gobernador del condado venesino, y por el senescal del rey de Sicilia para la Provenza, quienes querían evitar las dilaciones que solía haber en los casos de facción y de intriga. En efecto, los veinte y cuatro cardenales que componían el cónclave, estaban divididos en dos parcialidades, dirigida la una por el cardenal de Perigord, y la otra por el cardenal Juan Colonna. La primera, que por constar toda ella de franceses era la más numerosa, ofreció la tiara al cardenal de Comminges; pero con la condición de que había de dar palabra de no establecerse en Roma, á lo que se negó aquel prelado magnánimo, añadiendo que si era necesario renunciaria el cardenalato antes que consentir en prolongar el peligro á que creía espuesta la dignidad pontificia mientras estuviese fuera del lugar que naturalmente la correspondía. Ocupáronse al instante en formar otra combinación, y como para hacer prueba de una votación que no tendría efecto, propusieron al que por su cuna y su modestia le tenían en menos, esto es, á Santiago Fournier ó Dufour, á quien llamaban el cardenal Blanco, porque había conservado el hábito del Cister. Dados así al azar todos los votos, recayeron, sin observarse el orden del escrutinio, en este piadoso cardenal, como por una disposición del cielo que los consternó, quedándolo más que todos el nuevo Pontífice, quien no pudo menos de decirles: «¿qué es lo que habeis hecho, hermanos míos? Precisamente habeis elegido á la persona más indigna.»

Pronto dió á conocer que este juicio que formaba de sí mismo no se apoyaba en más fundamento que en su propia modestia. Había nacido este varón en la desconocida aldea de Saverdun del condado de Foix, de un padre que sin duda no era ilustre, pero

que tampoco consta fuese panadero, como lo han querido persuadir algunos, llevados tal vez de la significación del nombre Fournier (*hornero*). Habíase educado en el monasterio de Bolbona, lejos del bullicio del mundo, haciéndose acreedor por su piedad y doctrina á que se le nombrase abad de Fuenfria, después obispo de Pamiers, luego de Mirrepoix, y en fin cardenal presbítero del título de San Sisto. Este sabio ignorado, no bien se vió en el sόlo pontificio desarrolló todas las cualidades religiosas y aun augustas que le hacían digno de tan elevado cargo. Puesto en posesión de los tesoros de su predecesor, consagró las primicias de su pontificado con generosos testimonios de su amor á la iglesia romana (1), pues gastó cincuenta mil florines de oro en reparar los templos y aun los palacios arruinados de Roma; destinó doble cantidad para socorro de las necesidades de los cardenales: liberalidades que hechas por mano de este Pontífice íntegro é inflexible, hacen presumir á lo menos, contra las calumnias de los hereges, que no se habían enriquecido con los despojos del Papa difunto.

Habiéndole coronado el día siete de enero en la iglesia de los frailes predicadores de Aviñon, presentósele al día siguiente, como tiempo de gracias, una multitud de memoriales. Conservólos todos para examinarlos atentamente queriendo, decía, averiguar por sí mismo la renta de los beneficios, las circunstancias de los pretendientes, y si estaban ya beneficiados. Dirigió en el propio día, según costumbre, su carta circular á los prelados y á los príncipes cristianos, dándoles parte con la modestia que le era natural, de su elección hecha por consentimiento unánime de todos los cardenales (2).

Mandó en consistorio pleno el 10 del mis-

(1) Rain. ann. 1334, num. 3.

(2) Ibid.

mo mes de enero, que todos los prelados y eclesiásticos encargados del cuidado de las almas, se retirasen de su corte después de la Gandelaria y regresasen á sus iglesias, á no tener una causa legítima de dispensa que deberían manifestarle para que en su vista decidiese como único juez. Fué siempre inflexible en este punto, como también acerca de la aptitud y mérito de los sujetos presentados para los beneficios; y en esto último llegó á tal grado su delicadeza, que muchas veces quiso más bien dejar vacantes los empleos, que esponerse á proveerlos en sujetos incapaces ó viciosos. «No (decía en semejantes ocasiones), yo no puedo resolverme á engalanar con joyas á la arcilla y al lodo (1).» Gobernábase por la máxima constante de no conceder jamás canonicatos de catedral á las personas que no hubiesen llegado á la pubertad, ni dispensa de edad para las dignidades eclesiásticas, así seculares como regulares, ni traslación de un monasterio y menos de una órden á otra para adquirir rentas en ella, ni permiso para conservar muchos beneficios cuando bastaba uno solo para una subsistencia decente, ni gracias espectativas, ni abadías en encomienda, ni ninguno de los medios inventados por la avaricia ingeniosa para conseguir ó asegurarse sin trabajo los bienes de la Iglesia, y aun revocó de un modo jurídico y sin ninguna atención á las recomendaciones y empeños más poderosos, así las espectativas con que su predecesor había gravado á muchas iglesias, como las encomiendas de más antigua creación, sin exceptuar á nadie en este último punto, á no ser á los cardenales y á los patriarcas titulares de Oriente que carecían de otro recurso (2).

Benedicto XII, al mismo tiempo que con

la mayor firmeza se oponía á la intriga y á la ambición, aplicábase también á distinguir y á galardonar á los eclesiásticos letrados y virtuosos. Sabía encontrarlos en las tinieblas, donde estaban sepultados, y los llenaba de rentas y de honores, dejando postergados á los pretendientes hambrientos. Como algunos se quejasen de que en la provisión de los beneficios se habían introducido firmas supuestas, mandó que se registrasen las súplicas con las concesiones, y que se archivasen originales en la cancillería (1), siendo este el origen de lo que se llama en la corte de Roma *registro de las súplicas*.

En cuanto al punto delicado del parentesco, había tomado Benedicto por regla de su conducta estas palabras del Rey profeta: *Si no me dominan los de mi familia, no tendrá ninguna mancha mi virtud*. «El padre de todos los fieles, decía, debe ser como Melquisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía. Firme en estos principios, nunca trató de hacer ricos á sus sobrinos por la carrera eclesiástica, á escepcion de Juan de Bauzian, sacerdote dignísimo, en cuyo favor consiguieron los cardenales el arzobispado de Arlés; mas nunca pudieron obligar á su tío el Papa á que se les diese por cólega. En cuanto á sus parientes legos no permitió que ninguno de ellos saliese de la esfera en que él mismo había nacido. Tenía una sobrina á quien amaba particularmente, y habiéndosela pedido en matrimonio muchos caballeros, respondió á todos que este partido no era proporcionado para ellos: después de lo cual la casó con el hijo de un comerciante de Tolosa, dándole una dote exactamente arreglada á su condición. Celebrado el matrimonio pasaron á Aviñon los dos esposos, y presentóse á su tío el Papa. Recibiólos este con mucho agrado, y les dijo: «os reconozco por parientes de

(1) Vit. tom. 1, pag. 208.

(2) Vit. pag. 193, 222 et 230.

(1) Vit. pag. 214, 223 et 232.

Santiago Fournier, porque el Pontífice no tiene parientes ni allegados. Echóles después la bendición, los acompañó hasta la puerta, y mandó que se les diese precisamente lo necesario para pagar los gastos del viage (1).

Un Papa tan desprendido de los vínculos de la carne y de la sangre, no debía preferir sin duda alguna un amor pueril de su patria á todas las razones divinas y humanas que le estaban llamando á su iglesia de Roma. Así, después del primer despacho de los negocios que ocurren regularmente al advenimiento de un nuevo Pontífice, pensó con seriedad en trasladar la Silla apostólica al sitio donde la había establecido la Providencia (2), y se confirmó en su resolución por una embajada magnífica que le enviaron los romanos. Estaba poco versado en la política, y comunicó su designio á un príncipe que tenía mas interés que nadie en que no llegase á realizarse, esto es, al rey Felipe de Valois, que en efecto hizo todo lo posible para frustrarlo. Esforzaronse muchos cardenales franceses, y se valieron de todo su ingenio y destreza para disuadir á Benedicto la idea de pasar á Roma: fomentáronse las turbulencias y tomaron tal cuerpo entre los pequeños príncipes que gobernaban ó tiranizaban la Italia, y especialmente entre los que eran feudatarios de la Iglesia romana, que creyó el Papa que todavía no podría hallar en Roma la dignidad ni la tranquilidad necesarias para la Silla apostólica.

Quiso á lo menos establecerla al otro lado de los Alpes, y habiendo fijado su vista en Bolonia del mismo modo que su predecesor, principió desde luego á ver cómo podía conseguir que se prestasen á sus designios. Pero los nuncios que les envió sin

(1) Albert. Argent. Chron.

(2) Vit. t. 1. p. 49.

perder un momento, hallaron todavía en la mayor efervescencia el fuego de la sedición escitada contra el legado de Juan XXII, y aseguraron á Benedicto que no podía prometerse mas tranquilidad en las otras ciudades del Estado eclesiástico: lo que afligió en extremo á este buen Papa, y le obligó á mudar de resolución. Empezó, pues, desde entonces á edificar, en el terreno donde ya ocupaba una parte la casa episcopal de Aviñon, el palacio inmenso que no pudo dejar concluido por haber llegado antes el fin de sus días. Era magnífico para aquellos tiempos, y estaba fortificado como una ciudadela. El que poco há servía de habitación al prolegado, no era mas que débil resto de aquella suntuosa obra.

El Pontífice, viéndose precisado á vivir en el país cismontano, á lo menos por un tiempo considerable, atendió con la mayor vigilancia á cumplir con los varios cargos que le imponía la cualidad de Padre comun de los fieles. Empleó, pues, en primer lugar su celo corrigiendo los abusos de las iglesias de Arlés y de Narbona, donde el desorden de las costumbres y la incontinencia habían causado el abandono del oficio divino, el uso ilícito de los bienes eclesiásticos, y la ruina de los lugares santos que no podían repararse á causa de los crecidos gastos que se empleaban en otros objetos. Sin presentar á la vista de los culpables la vengonzosa pintura de sus desórdenes, encargó á los canónigos severamente arrojasen de sus casas todas las mugeres sospechosas, asistiesen á los oficios con decencia y que tuviesen cuenta con los que faltasen para privarlos de una parte de sus rentas (1). Después de esto, encargó el cuidado de la ejecución á un hombre seguro llamado Arnaldo de Verdale, que fué después uno de los mas dignos obispos de Ma-

(1) Rain. ann. 1335, num. 68.

guelona. Al mismo tiempo debía Arnaldo tomar noticias del estado de la regularidad en las órdenes monásticas que estaban destinadas al servicio de muchas catedrales y colegiales; y esta visita dió margen al Pontífice para formar muchos reglamentos útiles para su reforma.

Conocía por sí mismo las necesidades del Cister, é interesábase principalmente en el honor de un instituto que le mereció siempre un amor filial. Entre estos hijos del humilde Bernardo, los frutos de sus trabajos y de la austeridad de sus primitivas costumbres principiaban á introducir el espíritu de propiedad y aun algunos resabios del fausto secular (1). Los hábitos de los abades eran de distinto color que los de sus monges, y á imitación de los demas señores hacíanse servir por gentiles-hombres y pagés. Disponían de los bienes y rentas de la comunidad sin darle cuenta de nada, y aun algunas veces enagenaban las fincas. Muchos monges, con nombres supuestos, se formaban peculios del producto de los ganados y de los demas objetos con que negociaban. Señalábanseles porciones monacales en algunas casas, dando á cada uno cierta cantidad de trigo, de vino ó de dinero para su alimento y vestido. Benedicto prohibió todos estos abusos por una constitucion expresa, y para cortar de raíz el mal redujo á estos religiosos á su austeridad primitiva, revocando las licencias que habían obtenido para mitigarla, y principalmente para comer de carne en las casas donde residían. Obligóseles á todos á acostarse en el dormitorio, á no tener cuartos ni celdas particulares y á derribar todas las que estaban ya construidas. El Pontífice tomó unas providencias tan eficaces para la puntualidad de la ejecución, que las celdas que se veían en los dormitorios mas antiguos,

se construyeron mucho tiempo después de esta bula (1335).

También procuró que estos monges fuesen útiles á la Iglesia con su doctrina, y les dió reglamentos para facilitar el progreso de los estudios. Ordenó que tuviesen casas para los estudiantes en las ciudades donde estaban las escuelas mejores y mas inmediatas, á saber: en Bolonia, para los italianos; en Salamanca, para los españoles; en Oxford, para los ingleses, escoceses é irlandeses; en Metz, para los alemanes; en Tolosa y en Montpellier, para las provincias meridionales de Francia y para Cataluña. En cuanto á la universidad de Paris, que era superior á todas las demas como lo dice expresamente la bula, quiere el Papa que de todas las provincias se pueda ir á estudiar á ella, y fija el número de los que debe enviar cada monasterio. Después, añadiendo los beneficios á las disposiciones, emprendió la obra de una iglesia magnífica en la casa que se llamaba antiguamente colegio de los Bernardinos, y que, no obstante haber pasado ya noventa años desde su fundacion, no tenía todavía mas que una capilla (1). La parte que se conservaba de esta iglesia, una de las mas hermosas del reino si hubiera estado concluida, honra del mismo modo el genio del fundador y la liberalidad de la reina Juana de Borgoña que costeó los gastos.

También Benedicto XII espidió bulas (1336) para la reforma de los monges negros (2), es decir, de Cluny y de los demas benedictinos, y para la de las diferentes especies de canónigos reglares y de los frailes menores. Como el uso del trabajo de manos se había cambiado con las costumbres, á fin de evitar las consecuencias peligrosas de la ociosidad y desterrar la ig-

(1) Duboulay, t. 4, p. 230.

(2) Bull. Const. 5, t. 1, pag. 241; Bull. tom. 1, cap. 5, 6 et 7; Rain. ann. 1336, num. 64.

(1) Bull. Const. 3 Bened.